

La ciudad incivil

LA ciudadanía está molesta por la suciedad que llena las paredes de Barcelona. El desasosiego es visible en los comentarios que se oyen por la calle y en los papeles que se escriben en los periódicos. A nadie le gusta vivir en una ciudad mugrienta y abandonada y éste es el aspecto que ofrece Barcelona con sus carteles y pintadas. El aspecto de estas paredes tomadas al asalto por las noches —la suciedad necesaria de la oscuridad, como los escarabajos y las ratas— es desolador. Es como un criterio deslizado de desequilibrados, absurdo e incivil.

No es la primera vez que tocamos este tema y la indignación convierte nuestras palabras en un lenguaje acaso demasiado fuerte. No es nuestro estilo ni nos gusta usarlo, pero está comprobado que los "ensuciaparedes" son impermeables a la persuasión, a la invitación y al amor a la ciudad en que ellos y nosotros hemos de vivir. Nos gustaría que este malestar ciudadano tuviera resultados prácticos, forzando a la autoridad a que cumpliera con su deber.

Hace pocos días, en estas mismas páginas se pedía la aplicación de las Ordenanzas municipales sin contemplaciones. Pero puestas al día, naturalmente. No creemos que las sanciones económicas que seguramente se mantienen tengan ningún valor coercitivo por su antigüedad. Pero es preciso castigar a los culpables —anunciante, sea artista, orador, político, sindicalista, filósofo o gimnasta; al impresor; al "pegador"— una y otra vez. Las que sean necesarias hasta que pierdan el feo hábito. En estos momentos se han impuesto multas de considerable cuantía por publicaciones pornográficas y las han pagado el editor, el impresor y el distribuidor.

En ocasiones se necesita la mano dura y ésta es una. No podemos deteriorar incansablemente y estolidamente una ciudad que no merece este trato incivil.

La crisis del PSUC

EL PSUC acaba de superar la crisis más grave registrada en los últimos años, con una fórmula de compromiso trabajosamente construida en el seno de su Comité Central. Se ignora, no obstante, cuál será, en el futuro, el coste real de este trauma cuya espoleta ha sido la propuesta de exclusión del término "leninismo" en la declaración política y en los Estatutos del Partido Comunista de España.

Aunque no se han registrado escisiones en el seno del Partido de los comunistas catalanes, la tormentosa polémica ha tenido que marcar forzosamente a una organización que se encuentra en la etapa de culminar la adaptación de sus estructuras clandestinas a la nueva realidad democrática. Pero, más allá de la opinión que se sustente sobre el comunismo —y en este sentido queda fuera de toda duda que para este periódico no representa una alternativa válida—, cierto es que todo aquello que afecte negativa o positivamente al Partit Socialista Unificat de Catalunya no puede ser despachado frivolamente.

La importancia de este Partido, en trance de redefinición ideológica, quedó sobradamente demostrada en las elecciones del 15 de junio, así como en los resultados obtenidos por su central sindical, Comisiones Obreras. Por tanto, creemos que cualquier observador imparcial interesado por el desarrollo político de Cataluña habrá comprobado el papel estabilizador que, en el proceso hacia la plena democracia y la autonomía, está desempeñando el PSUC.

Opinamos que no es misión de este comentario entrar a considerar el debate de fondo que se ha establecido sobre las opciones de presente y de futuro de los comunistas, pero sí dar cuenta de los cambios operados en la realidad. Entre ellos, destaca el comienzo de un importante proceso de debate interno en el PSUC cuyas implicaciones no parece que vayan a ser regateadas a la opinión pública, como lo demuestra la autocrítica conferencia de prensa protagonizada ayer por la mañana por su secretario general. Un año después de ser legalizados y casi diez años más tarde de la "primavera de Praga", los comunistas catalanes han comenzado a recorrer abiertamente un camino, acaso en pos de una utopía, puesto que hasta ahora no se ha demostrado que comunismo y democracia —el socialismo en libertad al que aspiró Dubceck— sean compatibles. Si esa utopía no se consigue, los planteamientos eurocomunistas sufrirán un nuevo revés. Pero, en todo caso, la vía que se ha comprometido recorrer el PSUC, nos sitúa ante una experiencia inédita que, como mínimo, reclama nuestra atención como observadores de la política catalana.

Dos siglos después

Los últimos volterrianos

ESTE 1978 se cumplen los doscientos años de la muerte de Voltaire, y será curioso ver cómo, quién y dónde celebran la efeméride. La costumbre de los centenarios siempre da algo de sí: sirve, al menos, para reavivar unos sectores de memoria que fatalmente se deterioran con el solo paso del tiempo. ¿Voltaire? ¿Quién se acuerda de Voltaire a estas alturas? En Francia será otra cosa, desde luego. En Francia, Voltaire es una «gloria nacional» ante todo, y con independencia de sus «contenidos». Si en vez de Voltaire se tratase de Bossuet, el presidente Giscard asistiría a un funeral conmemorativo en Notre Dame, y el cardenal arzobispo de París esgrimiría el hisopo. Pero Voltaire no fue un Bossuet: fue todo lo contrario. Es, con todo, uno de los máximos prosistas de la lengua francesa, y celebrarán solemnemente su aniversario. No nos engañemos: será una ceremonia breve y modesta. Con las ventoleras del falso izquierdismo vigente, el pobre Voltaire quedará despreciado como un triste «burgués». Si no recuerdo mal, hasta un individuo tan suave como el profesor Tierno Galván escupió sobre el cadáver de Arouet el epíteto infame de «burgués». ¡Paciencia! La tontería es un «bien mostrenco» de derechas y pseudoizquierdas...

A mí, personalmente, Voltaire me cae simpático. Fue un buen escritor y un gran racionalista y, sobre todo, un incansable luchador por la tolerancia y por la libertad de expresión. Releerle, hoy, quizá no llegue a ser un entretenimiento demasiado satisfactorio. ¿Tiene por qué serlo? ¿Lo es leer, reeler a Homero, a Dante, a Chateaubriand, al mismísimo Stendhal, por ejemplo? El tiempo no pasa en balde. Sin embargo, nadie visitará sus páginas sin sacar de ello una experiencia de admiración. Hay cosas suyas que aún mantienen una lozanía de ingenio y de estilo indiscutibles, como el «Cándido» o «El ingenioso», y no pocos relativos breves. Y luego, ahí está el «Diccionario filosófico portátil», que un día fue un arma eficaz contra las supersticiones y las rutinas teologizantes europeas. El «Diccionario», ahora, ya es inservible: ha sido superado, como el ariete o el arcabuz. Las aviesas críticas de Voltaire proyectadas sobre la Biblia, sin ir más lejos, han perdido toda su virulencia: los propios clérigos posconciliares le superan en rigor y en técnica análi-

tica. Pero queda en Voltaire algo más: el sarcasmo, el «detergente» antimístico y antimetafísico. Y es una delicia... De sus poemas y sus comedias más vale no hablar: son pedestres, aburridos, inanes...

Y aquel planfeto modélico titulado —más o menos— «Tratado sobre la tolerancia»... No lo olvidemos, no podemos olvidarlo: en los contradictorios certificados ideológicos de la Revolución Burguesa —con la toma de las Bastillas, allá donde alguna Bastilla fue tomada—, el nombre de Voltaire figura en primera línea. Con el de su antípoda Rousseau, desde luego. Una cancioncilla de la época, o posterior, les hermanaban: «C'est la faute à Voltaire, c'est la faute à Rousseau!» Las iras reaccionarias se dividieron en el rencor. El fascismo español insistió en Rousseau: durante la Dictadura franquista, anualmente, en un ritual político asombroso, se recitaba un texto de Primo hijo, en el cual el pobre Juan Jacobo era calificado de «hombre nefasto» o no sé qué. Los curas, desde mucho antes, se cebaron en Voltaire. Con estos oídos míos, que se han de comer los gusanos, o en mi infancia y en mi adolescencia cantidades de sermones y homilias en cuyo curso, viniere a cuento o no, el orador sagrado lanzaba sapos y culebras contra la memoria del «impío Voltaire». Aquellos frailes, aquellos canónigos, desde su púlpito indignado, sembraron en mí la curiosidad por los papeles de Arouet. Gracias a ellos soy «un volterriano».

Los historiadores del llamado «nacional-catolicismo» —y el dichoso «nacional-catolicismo», que conste, no fue una invención de Franco, ni de Gomá, ni de Segura— habrán de poner en claro, alguna vez, lo ocurrido con Voltaire y la circunstancia celtibérica. Alguien tendría que escribir un volumen gordo y erudito, paralelo al que Marcel Bataillon nos legó acerca del erasmismo, precisando «la fortuna de Voltaire en España». Entrecómico estas palabras porque, con su aire pasado de moda, constituiría un buen título para el estudio en cuestión. La «fortuna» o el éxito y la difusión de las obras de Voltaire al sur de los Pirineos, desde la fecha de las primeras ediciones hasta hoy mismo, merece una indagación escrupulosa. La furia clerical, manifestada —ya lo acabo de apuntar— hasta en las peroratas de fiesta mayor o de cuaresma pueblerina, daría

pie a creer que los libros de Arouet habían tenido una incidencia casi popular por estas latitudes y que eran los causantes de la progresiva descristianización del vecindario. Sospecho que exageraban. Ni los predicadores habían leído a Voltaire —para refutarle, claro—, ni la feligresía tenía la menor idea de quién fuese este fulano cargado de anatemas. De eso estoy seguro. ¿Cuánta gente de acá leyó a Voltaire en su momento? ¿Y qué tipo de gente era? La monografía esperable tendría que comenzar por ahí. Necesitamos un nuevo Bataillon para el volterrianismo.

Mi impresión de profano es que Voltaire tuvo sus clientes, sin duda, pero minoritarios, como los tuvo Erasmo, y básicamente reclutados en los círculos selectos de la sociedad del Antiguo Régimen. Habría también unos volterrianos instintivos, que sin leer a Voltaire, o leyéndole algunos párrafos esporádicos, se institúan en «heterodoxos» con el apelativo odioso. ¿No pasó otro tanto con los erasmistas? En el catálogo erasmiano de Bataillon abunda la fauna analfabeta —monjas y párrocos de pocas letras, «iluminados» de toda especie—, que apenas tuvo acceso a la lectura del Roterdanés. Con Voltaire tuvo que ocurrir lo mismo. No hace falta leer a Voltaire para ser volterriano, por supuesto. Como no hizo falta leer a Erasmo para parecer más o menos erasmista, a ojos de Bataillon. Son las cosas de la vida. Lo más cercano a un volterriano que se ha producido por acá, y ya tardío, muy tardío, fue don Vicente Blasco Ibáñez. En su heroico combate contra «lo existente», el Blasco editor echó mano del «Diccionario filosófico» y hasta del poema grotesco sobre Juana de Arco, si no me equivoco. Difundir a Voltaire en pleno siglo XX, con intenciones catequísticas, ya supone que, a pesar de las aprensiones del clero, Voltaire nunca llegó directamente a un lector medio... Hoy Voltaire ya no es imprescindible, en la batalla pendiente. Pero los «últimos volterrianos», como yo, pensamos que el lío no es tan sencillo. Tendría que haber habido un Voltaire musulmán, un Voltaire hindú, un Voltaire en cada parcela de fanatismo descolonizado. Y un Voltaire yanqui. Y un Voltaire marxista, para desdogmatizar el Marxismo...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

ISRAEL Y LOS PALESTINOS

Señor Director:

Veo que en la cuestión palestina ya hay alguien que tiene clara visión del gran problema creado. Dios sabe con que fines inconcebibles. Suscribo pues el contenido de las cartas de sus comunicantes señores A. Bosque Coma y G. J. publicadas los días 1 y 7 de abril respectivamente, en las cuales se pone de relieve la culpa que cabe a los demás países árabes por no acoger a sus hermanos de raza como generosamente lo hizo Alemania con los refugiados de su parte oriental.

Ahora podríamos añadir que el clamor general en favor de la «razón» que asiste a los palestinos por su «evicción» es totalmente injusto porque, si mis fuentes históricas no me mentan, los israelitas se establecieron en la Palestina de hoy al terminar su cautiverio en Babilonia, 1.000 años antes de JC y de que existiera el pueblo árabe, y esa fue su patria hasta que los árabes les echaron de allí. Entonces ellos, a diferencia de los actuales palestinos, se esparcieron por el mundo, sin crear problemas de reivindicación territorial y, como eran laboriosos e inteligentes, pronto encontraron buena acogida en todos los países de Europa y, eventualmente, América, prosperando por su trabajo y su espíritu de servicio. En aquella ocasión, ninguna ONU ni organismo parecido impuso a los árabes la obligación de restituir a los israelíes la tierra que les habían robado; en cambio ahora, quince o más siglos después, se les achaca una desposesión que en puridad es la justa restitución de su legítima patria, advirtiendo que esta restitución la hizo la Inglaterra de Balfour, no como «premio» gratuito por la ayuda de la alta finanza judía prestada a los aliados en la segunda guerra mundial, sino como acto de justicia, ya que dicha ayuda solamente sirvió a Balfour como recurso a fin de obtener el consenso de los aliados para cumplir la antañona y siempre aplazada promesa de devolver su patria al pueblo israelita. Lo que pasa es que, después de la ingrata acogida que los palestinos han encontrado en los países árabes vecinos, cuando muchos de aquéllos abandonaron su país vendiendo sus yermas tierras a los judíos porque no querían vivir con éstos, ahora la boca se les hace agua al ver el jardín de Alá en que se han convertido sus secarrales por arte y magia del trabajo arduo e inteligente de los israelitas.

P. RIMBLAS

«CRUZADAS-TRINITAT»

Señor Director:

En una emisión radiofónica del 6 cte. (21.30 h. aprox.) en la que intervenía una reclusa de la cárcel Trinitat, puesta en libertad hacía unas pocas horas, según sus propias manifestaciones, exponía los puntos reivindicativos de las reclusas políticas a los cuales, decía, se acogían también las reclusas por delitos comunes. Hasta aquí, no entro ni salgo

en la cuestión, pero lo que no se puede consentir es la campaña de desprestigio que a la vez se lanzaba contra las «Cruzadas», cuidadoras de las reclusas, llegando a afirmar que incluso pegaban a los hijos de las presas, que por su tierna edad están en la guardería del centro penitenciario. (Sólo faltaba oír que también se comían a los niños fritos con tomate). No me resta decir más que una cosa; que las personas que intervienen en estas difamatorias campañas y las que sacudan radiofónicamente a las mismas, que más podrían desear que parecieran solamente un poco a estas religiosas comunitariamente llamadas «Cruzadas». Ignoro las razones y motivos reales que puedan tener las reclusas que los induzcan a sus protestas, pero si se evidencia, en lo tocante al punto que me ocupa, que el único móvil es la antirreligiosidad a ultranza.

C. A. F.

LAS INFIMAS PENSIONES

Señor Director:

En la sección Tribuna, Cartas de los lectores, de ese diario de su digna dirección de fecha de hoy 5 de abril, leo, con un poco de asombro, la opinión del señor Juan Garriga, sobre el tan debatido tema de las pensiones a los mayores de 70 años y en relación a la presunta subida de la cuantía de las mismas de 1.500 a 3.000 Ptas. que por otra parte creo que ya anteriormente se daba como segura a partir del 1 de enero de 1977 y que desgraciadamente se trató de un bulo o un error, porque esta subida ni entonces ni hasta la fecha se ha producido.

Uno mi voz a las de los que opinan que ni doblando estas pensiones es suficiente para el sustento de estos pensionistas que no tienen otros ingresos que la pensión citada, pero esta insuficiencia es común a otros pensionistas y siempre existe la posibilidad de que estas situaciones se arreglen un día u otro; pero pretender que estas pensiones se eliminen en beneficio de otros pensionistas que «no tienen hijos con quien convivir», es a mi juicio una peregrina idea, pues generalmente estos hijos o familiares con quien conviven estos pensionistas necesitan, por su indigencia, ser ayudados por estas pensiones para a su vez, ayudar a estos pensionistas u conviven con ellos, pues ¿acaso pretende el señor Garriga que con 1.500 ptas. podrían estos ancianos pensionistas sin familiares con quien convivir, encontrar algún establecimiento benéfico que les facilitasen mantenimiento, vestido y calzado?

¿Sería una solución justa dejar sin pensión alguna a estos pensionistas por el hecho de convivir con algún hijo o familiar, para doblar la de aquellos otros que no tuviesen a nadie con quien convivir?

¿Cuánto tiempo cree el señor Garriga que los pensionistas que se quedasen sin pensión para doblar la de otros pensionistas que no tienen familiares, se quedarían prácticamente y de hecho también sin familiares, a su vez?

Por todo lo expuesto discrepo de la opinión del señor Garriga sobre la distribución del fondo destinado a esos desamparados ancianos, aun respetando su criterio como aspiro a que se respete el mío, pues de una cosa estoy seguro y es de que tanto el suyo como el mío es expresar un deseo unánimemente sentido y es de que tanto el suyo como el mío es de estos respetables ancianos que, por las circunstancias que sean, no tienen otro amparo que esta módica pensión del fondo de Asistencia Social y pedir a quien compita que estas pensiones se eleven sin detrimento de nadie para dignificar la existencia y, por qué no, el sustento de los mismos.

Alfredo RODRIGUEZ

CONTRA LOS ENSUCIAPAREDES

Señor Director:

Habiendo terminado, hace tiempo, el período de elecciones, creímos todos que volvería la limpieza a fachadas y paredes; pero no ha sido así, y parece que esto ya se ha hecho crónico, sin remedio posible. Pero un día pasaba yo por una calle de mucho tráfico y vi en una pared, muy visible, un letrero que decía: «Prohibido fijar carteles bajo multa a la empresa responsable», y me sorprendió que habiéndose limpiado aquella pared de toda clase de propaganda, no se haya vuelto a fijar ningún cartel más, ni pintada alguna. Yo pregunto: ¿Está en vigor la prohibición de fijar carteles en las paredes que tengan ese letrero? Si es así, ¿no podría ponerse en todos los edificios y denunciar a las empresas o partidos responsables que contravinieran esa prohibición? Y si no hay una ley que ampare el derecho a la limpieza, entonces hay un remedio eficaz para mantener las fachadas limpias, y éste es proveerse cada propietario o inquilino de viviendas de un cubo con pintura y una brocha, y cada mañana, al abrir la puerta, dar dos brochazos a las pintadas y carteles. Cuando los profesionales de las pintadas vean que su esfuerzo no ha durado ni cinco minutos, creo que se aburrirán y dejarán de hacerlo, porque no vale la pena trabajar para nada.

Cayetano DERQUI

EL PARO CONTRA EL PARO

Señor Director:

En la Universidad unos compañeros me dijeron: «Mañana se hace una hora de paro para ir contra el paro». Yo sonrei y pensé: «Qué chiste más malo». Cuál fue mi sorpresa al comprobar, al día siguiente, que aquello que me pareció una broma era efectivamente una realidad. Me enfurecí al pensar hasta qué punto puede llegar la estupidez humana. Fui a la biblioteca con intenciones de aprovechar el tiempo pero estaba cerrada en acto de «solidaridad».

Yo me pregunto: ¿A quién puede be-

nefiar esta postura? ¿Es que todos los españoles no estamos suficientemente enterados de la enorme crisis por la que atravesamos? ¿Es que no la sufrimos todos, la crisis? ¿Qué nos parecería si un buen día aparecieran las calles de nuestra ciudad alfombradas con papeles en los que se pudiera leer: «Ciudadano: no ensucies tu ciudad?»

Creo que esta medida hace patente una falta total de madurez, de responsabilidad. De acuerdo que debemos hacer algo para frenar la crisis; de acuerdo que de seguir aumentando el número de parados vamos hacia la catástrofe... pero, señores, por favor, ¡un poco de seriedad! Me han llegado rumores de que un pueblo de Andalucía ha decidido trabajar una hora más y repartir los beneficios íntegros a las familias sin trabajo. Me gustaría saber si es cierto. Si así es quiero felicitar desde aquí a todos estos españoles que han sabido comprender como nadie la situación de los parados y encontrar una solución que, aunque mínimamente, intenta resolver el problema y que, a la vez, demuestra una gran humanidad y sentido del deber. Gracias a ellos veo que todavía existen los hombres capaces de enfrentarse a los problemas a la vez con valentía y humildad, de saber dar la cara, ir contra corriente y, en definitiva, luchar por una sociedad más justa. De ser cierto, es un ejemplo que debería alegrarnos.

F. B.

DUTY FREE SHOPS

Sr. Director:

Con este nombre son conocidas las tiendas libres de impuestos que venden en los aeropuertos. Pues bien, hace unos días pude comprobar al comprar un perfume que era fabricación francesa, al preguntar me respondieron que efectivamente la provisión de ciertas mercancías las hacían en el extranjero, aun cuando como en el caso presente existen fabricantes españoles que con licencia hacen estos productos en España. Naturalmente rechazé el producto.

Me pregunta es, ¿cómo es posible que se desprece así a la producción nacional sobre todo en tiendas del Estado y que se paguen divisas para comprar fuera lo que se produce dentro? ¿Acaso estos señores no conocen el Artículo 10 de la Ley 24.11.1939 de Ordenación y Defensa de la Industria Nacional B.O.E. 15.12.1939 que con bastante lógica viene a decir que todas las entidades estatales o parastatales están obligadas a adquirir con carácter preferente productos españoles?

Quiero hacer constar mi queja por esta situación ya que esto ocurre en un momento en que desde todos los órganos de información nos están bombardeando con la deficitaria balanza de pagos de la economía española y espero que alguien se a corregir este error de bulto.

M. ROIG